

2.2. LAS MIGRACIONES EN EUROPA

Aunque en Europa los desplazamientos de población constituyen un fenómeno histórico de larga tradición, su importancia ha aumentado significativamente en los últimos 150 años como consecuencia de las transformaciones sociales, económicas, demográficas y políticas que han caracterizado este período.

2.2.1. LAS MIGRACIONES DE COLONIZACIÓN

Hasta el siglo XVIII, las principales migraciones en Europa, con flujos tanto de entrada como de salida, se encuentran relacionadas con los procesos de conquista realizados por cada civilización, aunque también se producen desplazamientos pacíficos como las colonizaciones agrarias impulsadas por los monarcas europeos en Prusia, Hungría o Siberia, destinadas a ocupar zonas deshabitadas y a consolidar la ocupación de territorios.

Por el volumen de personas desplazadas, durante este período destaca la oleada migratoria desde Europa hacia América, protagonizada en los siglos XVI y XVII por los emigrantes procedentes de España y Portugal que ocuparon las colonias de América del Sur. En el medio rural la modernización de la agricultura redujo la necesidad de mano de obra agrícola, potenciando la emigración desde las áreas rurales hacia las ciudades, que se hallaban en pleno proceso de expansión industrial. En Europa este flujo migratorio suma más de 60 millones de personas desplazadas en los últimos 200 años.

Desde finales del siglo XVIII las mejoras en los sistemas de transporte y la colonización de América, África y Oceanía volvieron a incrementar los flujos migratorios transoceánicos. La emigración más importante de toda la historia tiene lugar entre los años 1850 y 1940 con la segunda oleada de desplazamientos desde Europa hacia América, en la que participaron unos 55 millones de europeos, de los cuales un 60% se estableció definitivamente en el continente americano. La mayor parte de estos emigrantes procedían de las Islas Británicas (15 millones), Italia (10 millones), Alemania (5 millones) y España (5 millones), teniendo como principal destino Estados Unidos, Argentina, Canadá, Brasil y Cuba.

Esta intensa emigración, que superó el millón de emigrantes anuales entre 1901 y 1915, fue motivada por el exceso de población y los

conflictos que asolaban Europa. En Irlanda, donde las malas cosechas habían provocado varias hambrunas, más de siete millones de personas emigraron hacia Estados Unidos, reduciendo la población de la isla hasta una cifra inferior a la del año 1800.

Las áreas receptoras, necesitadas de mano de obra agrícola e industrial, permitieron el acceso sin restricciones hasta comienzos del siglo XX, cuando el promedio anual de inmigrantes superó el millón de personas. A partir de entonces, comenzaron a establecerse cupos anuales de entrada y se priorizó la admisión de determinados grupos de inmigrantes en función de su nacionalidad o lengua.

Este flujo de personas y dinero motivó cambios de la estructura socioeconómica tanto en Europa, ya que dio inicio a la explotación de los recursos naturales americanos, abrió nuevos mercados para los productos europeos, impulsó la industrialización de las naciones americanas recién constituidas, favoreció la expansión de la cultura europea, e incrementó los lazos de unión entre ambos continentes.

2.2.2. MIGRACIONES FORZOSAS EN PERÍODOS DE GUERRA

El período de entreguerras se caracteriza por los procesos de limpieza étnica y los desplazamientos forzados por razones políticas y religiosas. La Primera Guerra Mundial y los cambios derivados del conflicto en el mapa político europeo provocaron el reasentamiento obligado de más de seis millones de personas. Poco después, la revolución soviética y el ascenso al poder del nazismo en Alemania dieron continuidad a este proceso.

Durante la Segunda Guerra Mundial, las migraciones internacionales por motivos económicos quedaron detenidas, siendo sustituidas por las deportaciones y los éxodos masivos de población en busca de refugio. En Europa, entre 25 y 30 millones de personas se desplazaron durante el conflicto, principalmente en Alemania y la Unión Soviética, mientras que en los años posteriores a la guerra, y hasta la construcción del muro de Berlín en 1961, unos cuatro millones de refugiados alemanes pasaron de la República Democrática a la República Federal.

Ya a finales del siglo XX, el conflicto en los Balcanes volvió a situar el flujo de refugiados en Europa en niveles similares a los de la Segunda Guerra Mundial. Desde 1991, la guerra y los procesos de limpieza étnica han provocado el desplazamiento de más de cinco millones de

personas, de las cuales un 20% han abandonado de forma temporal o permanente el territorio de la antigua Yugoslavia.

2.2.3. MIGRACIONES LABORALES: 1945-ACTUALIDAD

La recuperación económica experimentada en Europa occidental tras el fin de la Segunda Guerra Mundial provocó una escasez de mano de obra que, en países como Francia, la República Federal de Alemania, Suiza, Bélgica o Austria, fue solventada con la admisión de hasta 15 millones de trabajadores procedentes del S de Europa y el N de África, principalmente italianos, portugueses, españoles, turcos, argelinos y marroquíes, asegurando así su desarrollo económico.

Este flujo alcanzó su máxima intensidad a finales de los años 60 y principios de los 70, pero la crisis económica de 1973 redujo drásticamente la capacidad de absorción de mano de obra, frenando el flujo migratorio hacia esa región y favoreciendo el retorno de los trabajadores extranjeros hacia sus países de origen. Desde 1980, el descenso de la natalidad y el impulso experimentado por la economía de los países de Europa meridional hizo que éstos se incorporaran a la dinámica económica y demográfica del resto de la Unión Europea, convirtiéndose en nuevas áreas receptoras de inmigrantes y homogeneizando la estructura migratoria de Europa occidental.

Los estados europeos, pese a establecer medidas de control de la inmigración y limitar la entrada a un pequeño número de refugiados, familiares de inmigrantes, o profesionales cualificados —en cada momento puede variar el perfil profesional solicitado, en función de las necesidades de mano de obra en los diferentes sectores de actividad—, afrontan un constante flujo ilegal de población procedente de las regiones menos desarrolladas.

A su llegada, los indocumentados se incorporan a la economía sumergida, ya que trabajan sin contrato, sólo pueden acceder a los empleos más duros y degradantes, reciben un salario inferior al de la población autóctona, y no disfrutan de las prestaciones sociales básicas (asistencia sanitaria, desempleo, jubilación, etc.). La falta de integración de los inmigrantes suele ir acompañada por actitudes de rechazo entre la población nativa (racismo, xenofobia), especialmente si existen diferencias sociales y culturales con la población receptora, lo que favorece el agrupamiento de la población inmigrada en barrios según su cultura o país de procedencia, formando guetos.

Paralelamente a las migraciones laborales, durante la segunda mitad del siglo XX se han producido otros dos tipos de flujos. Por un lado, el proceso de descolonización provocó el retorno a sus países de origen de colonos, empleados públicos y militares, como es el caso de los Países Bajos con Indonesia (1949), de Francia con Argelia (1962), o de Portugal con Mozambique o Angola (1975). Más recientemente, está cobrando relevancia la denominada migración de élites, protagonizada por jubilados con ingresos elevados o trabajadores de alta cualificación de empresas multinacionales, que no suele generar conflictos sociales ni actitudes de rechazo.

Actualmente, la presencia de población extranjera en los países europeos se cifra en algo más de 20 millones de personas, aunque su distribución es muy desigual. Por ejemplo, mientras que los extranjeros no superan el 2% en Europa oriental y en aquellos estados de Europa meridional donde predominó el flujo de salida hasta 1975 (España, Italia, Grecia), las regiones que importaron mano de obra extranjera entre 1945 y 1973 poseen más de un 5% de población extranjera (Alemania, 9%; Austria, 9%; Bélgica 9%; Francia, 6,5%; Suecia, 6%). Las diferentes legislaciones existentes en cada estado para la obtención de la nacionalidad producen diferencias estadísticas muy significativas, como es el caso de Suiza, donde los extranjeros suman el 19% de la población, y el Reino Unido, con menos de un 5% de extranjeros pese al elevado número de inmigrantes procedentes de países de la Commonwealth (India, Pakistán, Caribe, etc.).

Por regiones, Europa occidental ha mantenido un saldo migratorio positivo desde el final de la Segunda Guerra Mundial, con una entrada total de 18 millones de inmigrantes, mientras que Europa central y oriental ha tenido un saldo negativo de 11,5 millones de personas durante el mismo período. Finalmente, Europa meridional perdió seis millones de habitantes por la emigración entre 1950 y 1970, recibiendo un saldo neto de tres millones de inmigrantes entre 1970 y 1995.

2.2.4. LAS MIGRACIONES EN FRANCIA

Francia es un caso atípico con relación a la estructura de migraciones europea, y aunque numerosas fuentes y evidencias señalan que a mediados del siglo XVIII había un gran número de franceses en Québec, en Louisiana y en las Pequeñas Antillas, en la segunda mitad del siglo XIX y en los primeros años del XX la población francesa no prota-

gonizó una emigración a ultramar como la que se conoció en otros países de Europa.

Por el contrario, miles de extranjeros llegaron a establecerse en Francia durante ese período. No deja de ser significativo que en la década de los treinta del siglo XX Francia fuera el segundo país del mundo por su tasa de inmigración. Diversos factores explican este proceso:

- **Políticos.** Durante las crisis revolucionarias el gobierno adoptó una legislación favorable a la inmigración y a la integración de la población extranjera favorecieron la emigración.
- **Demográficos.** La temprana culminación de la transición demográfica provocó que Francia fuera un país con una baja tasa de crecimiento, por lo que la población se encontraba próxima al estancamiento.
- **Económicos.** El desarrollo de la economía durante la primera mitad del siglo XX generó una demanda de mano de obra que, en un contexto de depresión demográfica, no podía ser cubierta por la población autóctona.

Si nos atenemos a lo sucedido tras la Segunda Guerra Mundial podemos identificar tres fases:

- **1945-1953.** Se trató de un periodo de restauración de la economía francesa tras los grandes conflictos bélicos, con una demanda de mano de obra todavía escasa. El balance migratorio fue ligeramente negativo, predominando las salidas sobre las entradas.
- **1953-1973.** Restaurada la economía francesa se inició un proceso de expansión que incrementó la oferta de empleo. Durante este período el número de inmigrantes llegados a Francia osciló entre 100.000 y 200.000, aunque eventos extraordinarios como la independencia de Argelia provocaran repuntes episódicos (850.000 franceses provenientes de Argelia entraron en el país en 1962).
- **1974-actualidad.** El balance migratorio es todavía ligeramente positivo y, aunque debido a la crisis económica se adoptaron medidas legales tendentes a reducir la entrada de inmigrantes o a favorecer el retorno a sus países de origen, éstas se han mostrado ineficaces. Las entradas tienden a favorecer los reagrupamientos familiares.

Aunque es difícil precisar la cuantía de extranjeros residentes en Francia, su número oscila entre los 3,7 millones censados, y los 4,5 millones señalados por el Ministerio del Interior, entre los que se incluye un número indeterminado de inmigrantes ilegales. Este volumen de población extranjera es el resultado de tres grandes oleadas de inmigración,

la primera de las cuales se produjo en la segunda mitad del siglo XIX, debido a la Revolución Industrial, situando en un millón el número de extranjeros residentes en Francia.

La segunda oleada se produjo tras la Primera Guerra Mundial, elevando el número de extranjeros a unos tres millones a finales de los años 30, muchos de los cuales adoptaron la nacionalidad francesa. La tercera ola de inmigración, que hizo aumentar los efectivos hasta cerca de cuatro millones, tuvo lugar entre 1954 y 1973. Con relación al número total de habitantes el porcentaje de extranjeros en Francia se ha mantenido estable durante todo el siglo XX, aumentando del 6,6% en 1930 al 6,8% en 1985, para disminuir hasta el 6,3% en 1990.

En cuanto a su origen, la inmigración en Francia durante el siglo XX fue inicialmente protagonizada por habitantes de países vecinos, principalmente belgas e italianos. Desde 1954, y hasta finales de los sesenta, fue masiva la llegada de españoles, que fueron desbancados hasta 1974 por portugueses. Por lo que respecta a los no europeos, cuyo número ha ido aumentando con relación a los extranjeros europeos —en el año 1962 sólo constituían un 20%, pasando al 43% en tan sólo dos décadas—, hay que destacar el importante flujo de magrebíes, turcos y centroafricanos, así como la llegada de un gran número de refugiados del Sudeste asiático (Vietnam, Camboya y Laos) durante la década de los 80.

Desde el punto de vista geográfico las principales concentraciones de extranjeros se localizan en el área de la *Ile-de-France*, en la ciudad de Lyon, y en la costa Mediterránea (Marsella). En el año 1990, un 18% de los extranjeros residentes en Francia eran portugueses, un 17% argelinos, un 16% marroquíes, un 7% italianos, un 6% tunecinos, y un 5,5% turcos.

En cuanto a las características demográficas de la población inmigrada, la estructura por edades está dominada por los trabajadores jóvenes-adultos, con mayor abundancia de jóvenes entre los magrebíes, de y mayores de 60 años entre italianos y españoles. Como sucede en la mayoría de las comunidades de inmigrantes, la estructura por sexo se encuentra desequilibrada, siendo la relación de 134 hombres por cada 100 mujeres. Por último, la tasa de fecundidad entre las mujeres extranjeras es más alta que la de las francesas, aunque tiende a igualarse lentamente.

Comentario especial merece la inmigración procedente de los DOM (departamentos de ultramar, como la Guayana Francesa, Guadalupe,

Martinica o Reunión), y de los TOM (territorios de ultramar, como Nueva Caledonia), ya que su número se duplicó tras 1954 y se triplicó tras 1968, aumentando en el curso del último periodo intercensal en 15.000 personas cada año. Este flujo de inmigrantes ha transferido una parte importante de los habitantes de los DOM-TOM hasta la metrópoli, alcanzando hasta el 40% en el caso de las Antillas.

Las características socioeconómicas de la población proveniente de los DOM-TOM, que en un 60% residen en la región central de *I'lle-de-France*, son peculiares:

- a)** hablan francés,
- b)** tienen un buen nivel de escolarización, y
- c)** poseen la ciudadanía francesa, lo cual les permite
- d)** trabajar en empleos públicos (más del 50% trabajan en empleos públicos subalternos, como correos, policía, hospitales y escuelas).